devorador de que todos sufren, y de que todos mueren; su gloria, pero tambien su torcedor y su tormento.

Byron, este grande enfermo, independiente por carácter, original por su génio, educado en el libre seno de la madre naturaleza, iba á encontrarse en bien temprana edad, metido en la jáula de una de esas sociedades que templan las enérgicas nativas fuerzas de su libertad con el rigor de las costumbres. En donde quiera que la libertad es grande, la costumbre es imperiosa. Donde falta el freno de la ley escrita, pone el tácito asentimiento de todos, el freno de sus leyes convencionales. En ninguna parte de Europa el individuo es más libre, su hogar más seguro, su conciencia más respetada, su palabra y su idea más independientes que en esta Gran Bretaña, eterno objeto de nuestra admiracion; pero en ninguna parte las costumbres son más tiránicas. El *sans façon* francés, el descuido nuestro, la facilidad con que suprimimos todo ceremonial, la ligereza con que salvamos todas las distancias, la familiaridad de nuestra conversacion y de nuestras maneras no se conocen aquí, en Inglaterra. Y no creais que me pongo de nuestra parte. Yo daría un tantico de nuestras costumbres niveladoras é igualitarias, á cambio de otro tanto de la libertad inglesa, que jamás he visto practicada ni en Francia ni en España. Yo amo igualmente la libertad y la igualdad; no las concibo divididas; las creo, no condiciones, esencias de la justicia. Pero separadlas y dadme á elegir una de las dos: yo opto por la libertad. En Francia hay más igualdad que en Inglaterra. En Inglaterra hay más libertad que en Francia. Yo opto por Inglaterra. Aquí, sin ser ciudadano inglés, me hallo en mi

casa, bajo el amparo de las leyes inglesas, que se cumplen tan rigurosamente como las leyes de la naturaleza. En Francia me hallo á merced del comisario del barrio é ignoro si el conserge que me abre la puerta de la casa es de la policía secreta. No conozco un mónstruo más terrible que un gobierno arbitrario. Un tigre puede rasgarme las carnes: el despotismo desgarra la conciencia. Pero es necesario comprender que la libertad no es un don gratuito y un objeto de juego y de lujo: se obtiene con una grande madurez de juicio, y se consolida con una grande severidad de costumbres. Los pequeños sacrificios que pueda exigir en la sociedad, se compensan sobradamente con esa dignidad tan necesaria para los pueblos y tan satisfactoria como la voz de la conciencia tranquila y virtuosa para los individuos. Así, las libertades inglesas hallan su contrapeso natural en la rigidez de las costumbres, que se impone sin necesidad de leyes, ni autoridades, por la fuerza social. Es dificilísimo explicar esta idea á los hombres habituados á vivir en el despotismo. En mis ya largos viajes por Europa, he encontrado muchos rusos, y entre estos rusos uno sólo reaccionario. Este trataba de probarme una tésis bien singular, á saber: San Petersburgo es más libre que Nueva-York. Debe advertirse que el ruso era un príncipe, pero un príncipe músico. La razon que me daba para sostener su tésis me provocaba á risa; en Nueva-York no se puede tocar el violin en domingo. Efectivamente, imposible que los meridionales comprendan jamás cómo se celebra el domingo en los pueblos anglo-sajones: diríanse muertas las ciudades, embargada, al ménos, el habla de sus habitantes por veinte y

cuatro horas. Imposible que comprendan todo el largo ceremonial de las costumbres inglesas : los toques á la puerta, las reverencias de rúbrica, los complicados tratamientos, segun las diversas categorías ; en fin, todas estas infinitas trabas con que el instinto disciplina el individualismo anglosajon, para apartarlo de la anarquía, para impedirle el desórden.

Hé aquí á Byron, independiente por naturaleza, orgulloso en su génio, educado en las montañas, y de pronto metido en una sociedad complicada y ceremoniosa. Hé aquí á Byron, que se cree superior á cuantos le rodean, forzado á bajar la frente; á doblar la espina dorsal para someterse á las preocupaciones generales. Su verdadero hogar había sido la caverna osiánica, desde donde veía levantarse los astros ó formarse las nubes con los vapores del valle, al son del viento que agitaba la cabellera salvaje de los pinos y recogía los mugidos de las cataratas mezclados con el aullar de los lobos y el grito agudo de las águilas. Su única profesion había sido saltar, correr, como para desmentir su cojera ; ejercer sus fuerzas á la manera que los jefes de los antiguos Klanes de Escocia ; confiar, como los bardos, sus cánticos á los giros del viento, á las alas del aire ; errar por los desfiladeros para bañar su alma en los plateados rayos de la luna ; subir á la cuna de las montañas, como para alcanzar con la mano lo infinito, ese infinito que tenia tan cerca de sí en su alma, abrumándolo con su peso, como abruman todas las grandezas humanas. Este sér extraño, salvaje por el carácter, montañés por las costumbres, poeta por el génio sublime, y por lo mismo incomprensible, iba á caer

en la sociedad más mecánica del universo y á sentirse destrozado por los dientes de sus ruedas. El destino, que le sonriera, dándole, por muerte de su tio, la dignidad de par hereditaria, le castigaba á ser aún más obediente á las costumbres inglesas. Recibióla con grande contento y no le previno su instinto que esa dignidad sería su cadena. Así de las humildísimas escuelas de Aberdeen, donde aprendiera las primeras letras y el latin, pasó al colegio de Harrow. La vida en comun no se apropiaba á su génio, que á la manera de los altos picos, se dibujaba en la soledad. La disciplina del colegio todavía cuadraba ménos á su nativa libertad de carácter. Sus conveniencias eran inconveniencias, sus gustos particulares generales disgustos. A mayor abundamiento, el maldito pié le hacía sufrir. Pero más aún que la enfermedad, las varias curas ; más que las curas, el ridículo. Hasta su madre se burlaba de la cojera del gran señor, que no podría escalar la tribuna, ese pedestal de la aristocracia inglesa, sino tambaleándose como un borracho. Todas estas contrariedades derramaban á torrentes en su alma esa hiel que luego destilaron sus versos : hiel mezclada en grande cantidad á toda la levadura de la vida de su siglo. Así, cuando podía desasirse de las obligaciones disciplinarias, y leer á su gusto, devoraba libros de viajes para detenerse en las páginas de los naufragios, como buen nieto de normandos, como hijo digno de ingleses. Allí, acalorando su fantasía, mezclaba el bramido de sus tempestades interiores, el hervor de sus pasiones, el relampagueo de sus ideas, el rayo que taladraba sus sienes, con las olas hirvientes, con los huracanes desatados, con la batalla de los vientos y las

aguas, con lecho que de las frágiles tablas contra los escollos, con los clamores desesperados de los náufragos. Concíbese fácilmente que su primera traduccion fuera el prólogo del Prometeo, nacido, como él, con la llama celeste en la frente, como él, encadenado á la tierra, en lucha con el orgullo de los dioses y la ingratitud de los hombres. A un mismo tiempo la sávia que corría por todo su sér, se acumulaba en el corazon y en la cabeza. Así, amaba á sus amigos del colegio y odiaba á sus enemigos con furiosa pasion. Y como á pesar de su nacimiento aristocrático y de su orgullo de lord, tuvo siempre tendencias reformadoras y progresivas, odió la tiranía de los fuertes, y entusiasmado por la emancipacion de los débiles, se interponía para impedir que los recien llegados fuesen perseguidos y maltratados por sus compañeros, como allí era de antigua usanza. Una vez, cierto colegial de mucha edad y mucha fuerza habia decretado, en compañía de otros, atormentar á un enfermizo, pobre niño, con un número determinado de golpes. Cuando estaban mediando su cruel tarea, llegó Byron corriendo, se echó á sus piés, y dijo : " Dejadle á él, y yo sufriré la segunda mitad de los golpes. "

Mas á estos arrebatos del corazon, unía extravagancias infinitas. Ignoraba que al génio solamente le es dado desplegar todas sus alas allá en las altas cimas de las ideas. Ignoraba que los hombres de poderosa imaginacion suelen ser como las aves de poderoso vuelo, inhábiles para andar por la tierra. Su cojera le inspiraba actos de desesperacion cercanos á la demencia. Apénas sentía su cojera moral, no ménos triste. Artista, y artista plástico, gustábale imitar el

reposo de las estátuas antiguas, eternamente serenas en la bienaventurada perfeccion de sus formas. Pero ¿qué serenidad estatuaria es dado tener á un cojo ? La modestia de su traje podia ocultar la imperfeccion de su cuerpo. Mas chocaba con el gusto inglés, vistiéndose lujosamente á la oriental, con seda crugidora y matizada, gasas de oro y plata, turbantes sembrados de pedrería, la roja faja al cinto cargada de cuchillos y pistolas con maravillosas cinceladuras, imitando así de antemano esa legion de héroes y leyendas orientales que llevaba en su cabeza y que debia más tarde pintar en sus versos. Especialmente vestía así en sus primeras vacaciones, allá por los años 1802, en Bath, donde comenzaron esas orgías en que debiera malgastar tanta vida y, por consecuencia, tanto génio ; porque en Byron, vivir era pensar, era idear, era producir, era cantar.

Faltándole el amor maternal, sus amigos de la infancia pudieran moderar sus ímpetus con sábios consejos, y sobre todo, con sábios ejemplos. Pero tuvo la desgracia de que todos aquellos amigos, moderados en conducta, prudentes en carácter, conocedores del mundo, flexibles para tejer su vida sin cortar el hilo de sus pasiones en el cilindro de la sociedad inglesa ; todos esos jóvenes de talento analítico y de experiencia, murieron pronto y le dejaron abandonado al torbellino de su génio, á las ráfagas de sus fantásticas ideas, que formaban una espiral gigantesca á su alrededor, impidiéndole oir la voz de la sociedad. Byron los habia llorado tiernamente. Como él decia, si el llanto pudiera alguna vez desarmar á la muerte, forzarla á devolver la vida robada, resucitarían sus amigos á sus desgarradores sollozos.

Pero si la muerte le habia robado sus amigos, si habia querido que el génio de una madre no fuese tan dulce para él como para el resto de los mortales, todavía era capaz de salvarle una pasion, la pasion de los milagros, el amor. Mas todo habia de ser trágico en la vida de este hombre. El amor primero de su infancia murió, desvaneciéndose á la manera que se desvanecen esas figuras fantásticas dibujadas por la fiebre en las retinas encendidas como hornos. Y, por su mal, se enamoró de Miss Chaworth, jóven hermosa, perteneciente á la familia enemiga de su familia. Su tio, el jefe de la raza de Byron, habia matado al tio de su amada, al jefe de la raza de Chaworth. Abríase, pues, entre los dos un abismo como el que separaba á Julietta y Romeo. Un cadáver se interponía entre los dos corazones. Byron no quería quedarse por las noches en el castillo habitado por su amada, temeroso de que los retratos de sus antepasados se animáran, y fueran á la armería á ceñirse sus antiguos arreos de pelear, para herir al descendiente último, al representante único de la estirpe odiosa cuyas sacrílegas manos los habia salpicado de sangre en el seno mismo de la muerte. Pero cuando su amada salía, cuando le era dado verla á la sombra de los grandes árboles, sobre la fresca yerba del prado, más ligera que la niebla, enviándole de su frente un resplandor tan dulce como el resplandor de la luna llena, y trayéndole en sus ojos el azul cielo oculto siempre tras las nubes, todo su sér se calmaba como el oceano al beso de la brisa, y su poesía soñadora é inquieta callaba vencida por la realidad. El poeta de génio necesita indudablemente estas armonías de la vida para elevarse á los

grandes principios generales de su siglo, y cantar como Homero los objetos, ó como Shakespeare las pasiones, ó como Calderon las ideas, ó como Goethe las ciencias, ántes que sus propios sentimientos. Quién sabe si, preso en aquél amor, detenido en el encanto de una pasion serena, sin las tempestades que lo asaltaron, sin las dudas que lo persiguieron, hubiera sido Byron el poeta objetivo capaz de darnos el poema cíclico de nuestra edad, en vez de ser el poeta sujetivo que nos ha dado pedazos de su corazon palpitantes y sangrientos. La bella heredera de la familia Chaworth tenía diez y seis años á la sazon, dos más que su rendido amador. El niño comenzaba á pensar como hombre; se proponía casarse, reconciliar en su lecho nupcial hasta los manes de dos familias enemigas; juntar gloriosos títulos; acumular feraces propiedades; engendrar en el amor, con la mezcla de aquellas dos puras sangres inglesas que dimanaban de las venas de una misma raza, héroes, marinos, oradores, dignos de sostener su nombre en esos dos agitados elementos de la grandeza británica: en las asambleas y en los mares.

Con qué sencillez, propia de las *Confesiones* de Rousseau, ese eterno modelo del arte de las confidencias, describe Lord Byron sus entrevistas en las colinas coronadas por una diadema de árboles; sus paseos por los lagos, y sobre todo, aquél en que la barca donde los dos iban, se apartó de todas sus compañeras para pasar, primero, por la boca de una caverna tan baja que les obligó á tenderse en el fondo de aquél lecho flotante, sobre las aguas cristalinas, como sus dos almas, lecho de castos, de platónicos amores, apénas

expresados por la luz de una mirada, por la tristeza de un suspiro. Pero aquella jóven le hacía padecer cruelmente. El noble lord no bailaba. Y su amada bailaba con sus amigos, que tenían el privilegio de ceñir aquella cintura, á la cual nunca se hubiera podido acercar Byron sin que todos sus nérvios tembláran como sacudidos por el rayo. Miéntras la dichosa pareja valsaba, el poeta se daba golpes en el corazon, temiendo que en todos los salones resonasen sus fuertes latidos. Y á pesar de no haberse nunca formalmente declarado, era comprendido. Sabe sondear muy bien la mujer el abismo de una mirada. Y era comprendido hasta el punto de recibir un retrato, que en aquél tiempo era una respuesta de amor. Pero un dia creyó volverse loco. Atisbaba á un grupo de jóvenes, entre las cuales se encontraba Miss Caworth. Naturalmente, la conversacion era de amores. Sus amigas le hablaban del Lord, de sus prendas, de su hermosura, y de las miradas y los suspiros que habian sorprendido. Miss Caworth, sin desconcertarse, con la serenidad de la indiferencia, dijo esta cruel frase :—"Me ofendeis, creyéndome capaz de interesarme por ese muchacho, por ese cojuelo."—En dos palabras habia definido las dos mayores distancias que, segun Byron mismo, separaban al poeta de su ventura : la niñez y su defecto ; aquél horrible defecto, la primera de sus desgracias, el mayor de sus dolores. Pero oir aquello de boca de su amada, oirlo cuando ménos lo esperaba, oirlo en el momento en que los proyectos más halagüeños se desplegaban como un panorama infinito en su fantasía, en el momento en que iba á rendirse á sus piés, á mostrarle el fondo de su corazon velado por profundísimo respeto ; oir esta cruel sentencia de muerte para su alma enamorada, anhelante, para sus ansiosísimas esperanzas, ¡ ah ! era tanto como caer del cielo en el instante mismo de tocar su dintel y entrever la luz, al fondo del infierno. Byron se encontró en este momento transformado, sólo con su dolor, desnudo de su esperanza, tendido sobre el hielo, en una noche de espesas tinieblas, y sin más confidente de sus penas y de sus angustias que el aire tenebroso, cuyas vibraciones repetían sus desgarradores lamentos, en vano ahogados dentro del roto pecho de su varonil voluntad. La desesperacion fué tan grande como su amor. Salióse del castillo, corrió por la campiña sin saber á dónde : todo sueño huyó de sus párpados, toda tranquilidad de su alma. El mundo le parecía vacío, y vacío el cielo ; hubiera bendecido la muerte, á estar seguro de que la muerte satisfacía su primer deseo : la nada. En 1805, aquella mujer tan querida se casó con Mr. Tolin Munster. El reconcentrado dolor del poeta se conoce perfectamente en los breves y sencillos versos consagrados á este doloroso suceso. En vez de pintar su pasion, la intensidad de su amor rayando en locura, la belleza de su amada, bastante poderosa á excitar todos sus deseos en toda su viveza, la felicidad del rival afortunado que la posee sin comprenderla, acaso sin amarla, y que se desposa pisando el corazon del poeta, hiriendo todas sus fibras, envenenándolo con la ponzoña de unos celos abrasadores como el plomo derretido y duraderos como la eternidad ; en vez de entregarse á todas las furias de una pasion malograda, de un deseo sin cumplimiento posible, de un amor sin esperanza, se contenta con decir melancólicamen-

te, que no verá más la colina, teatro de sus entrevistas, los árboles, testigos de sus juramentos.

En esto, la niñez de Byron se acababa, y comenzaba su juventud. Habia entrado de una edad en otra por el desengaño, como entrára de la nada á la vida por el dolor. Al encontrarse en esta línea que separaba dos grandes segmentos del círculo de su existencia, delirante dolor le poseía. Su fortuna era inútil, su ilustre nombre odioso, los cortesanos que acompañan toda grandeza incómodos, la sociedad embarazosa y triste como las paredes de un calabozo, la gloria imposible, la amistad muerta; su amor en poder de un rival afortunado; tornar á sus montañas, vagar en la sombría soledad, saltar sobre el azul torrente, era todo su deseo; ó si nó, tomar alas como la paloma, volar y volar sin descanso, subir y subir sin fin, hasta perder de vista el mundo, y buscar en el cielo, allá muy léjos, la paz. Forzado á separarse de su colegio de Harrow, todo lo echaba de ménos y se despedía de todo con dolor; de la pradera donde habia batallado con sus compañeros, de la oscura aula en que habia oido los regaños del pedagogo, del teatro en que representaba creyéndose capaz de eclipsar á Garrik, y del cementerio donde iba á llorar sus amigos muertos, á escribir palabras entrecortadas como sollozos en el mármol ó en los troncos de los árboles, para mirar el rayo último del sol poniente ó soñar con los misterios de la vida y de la eternidad entre las sombras de la noche.

Temprano comienza ya esta desesperacion de Byron, que debia pegarse á todo un siglo, como su enfermedad moral. Unos la atribuyen al clima de su pátria, otros á su temperamento y á sus nervios, otros al siglo en que habia nacido y cuyas puertas de bronce, enrojecidas en el fuego de las revoluciones, cierra con su nacimiento este Titan, que ya se levanta como un rebelde, ya llora como un niño, tendiendo á esos mismos cielos las manos, en demanda de una creencia, de una fé. Naturalmente, el poeta no puede representar á su siglo como el filósofo, como el orador. El filósofo escribe despues de haber depurado sus dudas, un sistema que la razon dicta y que la lógica encadena: sirve, pues, á una idea. El orador eleva su vida á las alturas de su conciencia y se consagra á una cáusa, á una reforma. Para esto necesita concertar sus fuerzas, disciplinar su carácter, reunir sus ideas en torno de un pensamiento capital, y tener la lógica, la consecuencia inflexible, no sólo en los discursos, sino en la vida. El filósofo no es un artista; la inspiracion no es un númen. El orador es más artista que el filósofo, pero su arte está subordinado al pensamiento, y debe seguir el raciocinio. Orar no es cantar, es raciocinar, es convencer, es persuadir. La armonía, la belleza, deben ser auxiliares del raciocinio, destinadas á conseguir más pronto su triunfo. Pero el poeta es un sér misterioso, indefinible, que se escapa al análisis como el dogma, y que se pierde de vista como el ave de la montaña, la alondra, cuando deja su nido de barro y se vá por las alturas etéreas en busca de la luz que aún no despunta, miéntras todos los demás séres duermen profundamente en las sombras sin presentir el nuevo dia. Los poetas son liras que suenan á todos los vientos; lagos que cambian los matices al paso de cada nube; son algo de incomprensible, como las profecías, como los presentimientos, como

los sueños. Las ideas más contrarias batallarán en su cabeza y saldrán á borbotones de su pluma. Su génio marchará con la fatalidad del torrente; ya humilde, ya ruidoso; ora despeñándose por las oscuras breñas en espumosa cascada, ora durmiéndose tranquilo y celeste en murmurador arroyo, para repetir las estrellas de la noche, ora entrando, poderoso rio, en el oceano insondable de la eternidad. Así es que en un poeta podeis casi hacer el exámen de conciencia de una época: podeis ver sus incertidumbres, sus dolores, sus aspiraciones, sus crísis de reaccion, sus ímpetus de progreso, sus batallas internas, sus ideas. Víctor Hugo ha sido legítimamente bonapartista, romántico, doctrinario, creyente, racionalista, libre-pensador y demócrata. Pero cuando querais buscar la leyenda de este siglo, lo que todos hemos pensado, lo que todos hemos sentido; nuestros desfallecimientos morales, nuestras cóleras en las cadenas; las esperanzas que hemos concebido por los orgullosos triunfos sobre la materia; cómo imaginamos la sociedad y cómo nos proponemos reformarla; nuestra concepcion de las diversas épocas de la historia, nuestro poema del progreso, á tanta costa escrito con la sangre de toda la humanidad; nuestras dudas, nuestros temores y nuestra fé servida con la exaltacion del martirio, leed, leed á Víctor Hugo. Lo mismo es Byron. El sublime desórden de este génio se parece al desórden sublime de la naturaleza. Al lado de una cima nevada, donde la luz centellea con reflejos increibles en horizontes infinitos, un abismo insondable; al lado de una plaza árida, un bosque perfumado por todas las flores de la tierra y henchido con los cánticos de todas las aves del cielo; pero su obra es todo el Universo, su conciencia es la duda y la fé, la afirmacion y la creencia; todo su siglo. Dejémosle ahora al entrar en la juventud. Ya le veremos en su vida; ya le admiraremos en sus obras.